

Mientras ella soñaba, yo veía,
aspirando el olor de los jardines
hasta ensanchar con su frescura el pecho,

fulgurar la primera luz del día
en el áureo hebillón de sus chapines
colocados en fila al pie del lecho.

XIII

Este lecho ha crujido bajo el peso
del insaciable ardor que nos inmola,
mientras en un interminable beso
hicimos de dos vidas una sola.

Hoy tiembla bajo el peso de mis duelos,
y me ve, recordando tu cariño,
morder las blancas sábanas de celos
para acabar llorando como un niño

Soñaba tu ilusión que hubiera sido
cuna quizás de algún recién nacido...
Mas no lo quiso nuestra adversa suerte,

y si no vuelves á cerrar mi herida,
donde soñaste ver nacer la Vida
tal vez contemples expirar la Muerte.

XIV

Las horas vienen á enconar mi herida.
Sin ti es un infierno la existencia,
y no sé cómo aún puede mi vida
soportar el martirio de tu ausencia!

Mi dolor ya no encuentra lenitivo...
Tengo un miedo infinito de perderte,
y cuando pienso en esto, siento, aún vivo,
todo el suplicio eterno de la Muerte!

Por eso, sangre de mis venas lloro,
temiendo que me roben mi tesoro,
único oasis de mi gran desierto...

¡Si alguna vez tu veleidad me olvida,
aun cuando vivo pase por la vida
seré, sin ti, para el Amor un muerto!

XV

Al cerrarse tus párpados, inerte
quedaste, extenuada por mis besos,
y fué mi brazo violador tan fuerte,
que sentí de placer crujir tus huesos.

Hasta en el corazón hubo un instante
de olvido y de embriaguez... Sólo se oía
desgarrando el silencio, un jadeante
respirar angustioso de agonía.

Bajo el reflejo de la luz incierta
te vi palidecer como una muerta...
Tus ojos despertaron á la vida,

y entreabriste los labios sonrientes,
mostrando entre lo rojo de su herida
el blancor enfermizo de tus dientes.

XVI

Riendo como entraste, así te fuiste,
¡oh, amada de unas horas de lascivia!
dejando á solas á mi carne triste
con el recuerdo de tu carne tibia,

Nuevas caricias matarán mi hastío...
Sobre otro seno olvidaré tu nombre,
como mañana olvidarás el mío
suspirando en los brazos de otro hombre.

¿Qué quedará de ti, luego que el día
brille en la alcoba donde fuiste mía?
En mi carne, el deseo satisfecho,

el hueco de tu sien en la almohada,
y alguna horquilla rota y olvidada
en las revueltas sábanas del lecho.

XVII

Bucólica dulzura de la cita
junto á la fuente que el nogal sombrea,
mientras el perro á nuestros pies dormita
y el agua entre los juncos silabea!

¡Oh, de tu seno núbil la blancura
surgiendo entre las gasas y las cintas,
para ofrecer al labio la dulzura
de sus fresas en roja sangre tintas!

¡Oh, tu pupila, en que temblando queda
mi rostro, entre el verdor de la arboleda!
Tus mejillas tan tristes y tan pálidas,

que parece que van á deshojarse...
¡Y la opresión de nuestras manos cálidas
que no quieren tan pronto separarse!

XVIII

Matar el ansia de tu carne ansío
en el ardiente amor de otra mujer,
y hallo sólo las náuseas del hastío
donde busco el olvido del placer.

¡Cuántas veces tu nombre he pronunciado
en un espasmo, loco de pasión,
y al oirlo, de pronto me he quedado
espantado de mi profanación!

En la frialdad del tálamo desierto
también mi carne para el goce ha muerto...
¡Sólo tú la podrás resucitar!...

¡Con los brazos tendidos, esperando
las horas vi pasar, siempre soñando
con los besos que nunca me has de dar!

XIX

En la tranquila alcoba todo aguarda
la alegre irradiación de tu belleza,
mas como tanto tu belleza tarda,
todo se está muriendo de tristeza.

Todo está igual que lo dejaste. Cada
objeto evoca tu perfil lejano,
sueña con la ilusión de tu mirada
y las fragantes sedas de tu mano.

En las memorias del ayer me pierdo...
En la penumbra el lecho se destaca...
Y se entornan de gozo las pupilas,

aspirando en las ropas el recuerdo
de esa mezcla de ámbar y albahaca
que perfuma el vellón de tus axilas!

XX

Todo está igual que ayer! Todo te espera...
Aún conservan las sábanas del lecho
entre el aroma de tu cabellera
fragancias de las rosas de tu pecho.

Aún sueña el eco con tu voz; aún queda
en el aire el calor de tu mirada,
y en mis manos nostalgias de la seda
de tu cálida carne perfumada.

Aún algo tuyo se quedó soñando
en el encantamiento de esta estancia
que llora de tus besos las saudades;

y aún se cierran mis ojos, aspirando
en el revuelto lecho la fragancia
más íntima de tus intimidades.

XXI

Bajo la luz que trémula desriza
de tus pestañas el vellón de oro,
sugieren tus pupilas un tesoro
de esmeraldas lacustres de Suiza.

¡Mirada que hasta el alma se desliza,
si en mi profunda soledad la imploro,
y que cuando se empaña con un lloro
todo cuanto refleja lo idealiza!

Bajo su luz de nuevo reverdece
el verdor de mis muertas primaveras
en un florido y fértil alborozo,

pues al mirar tus ojos me parece
que entre un húmedo ensueño de palmeras
me contemplo en el fondo de algún pozo.

XXII

La luna derramó chales y blondas
de fosfórica luz sobre el paisaje,
plateando la escama de tu traje
en la ilusión de mis pupilas hondas.

Tembló sus claridades en las frondas,
y en la verde maraña del ramaje
desflecó todo el oro de su encaje
para besar tu imagen en las ondas.

Curvamos nuestras frentes coronadas
de áureas estrellas y de blancas rosas,
sobre el espejo astral de la laguna,

y juntas se llevó nuestras miradas
á Venecia de ensueño fabulosas
en su dorada góndola, la Luna.

XXIII

Engalana tu testa la guirnalda
del dorado cabello que deshecho
aletea en la nieve de tu pecho
y rueda sobre el mármol de tu espalda.

Frente al espejo, te sonrojas, viendo
temblar en él tu desnudez perfecta,
mientras la rosa de tu seno, erecta,
al calor de los dedos se va abriendo.